

El perro del guardián

Octavio Escobar Giraldo

Antes de recibir la corona, una de nuestra reinas de la belleza fue importunada con la siguiente pregunta: “¿Si usted estuviera en un museo y se declarara un incendio, qué salvaría: *¿La Gioconda* o al perrito del guardián del museo?”.

Es famosa la impecable respuesta de la futura soberana de los colombianos: “Al perrito, porque también son seres humanos”.

Muchas de las declaraciones que escucho sobre los derechos humanos me recuerdan esta anécdota, repetida cada año para señalar el escaso discernimiento de las candidatas al reinado de Cartagena. ¿Las razones? Me parece que quien hace una pregunta de este tipo obedece a un interés artificial de irritar, molestar o, lo que es más probable, retar a la persona entrevistada con un tema que en virtud de las circunstancias deviene frívolo porque se sabe que la respuesta no lleva a ninguna parte: no cambiarán las medidas de seguridad de los museos ni las de los bustos y caderas en concurso, las obras de arte no se exhibirán en escaparates de asbesto ni resultará vencedora una candidata que mida menos de un metro con setenta centímetros de estatura. La interpelada, por su parte, es consciente de la inutilidad de todo el asunto, pero también sabe que su respuesta debe reflejar su exquisita sensibilidad humana, más cercana a las esencias de la vida que a las banalidades del mundo, una respuesta políticamente correcta que honre la memoria de la Madre Teresa de Calcuta o, en el peor de los casos, de la también difunta Lady Di. Después de pensarlo unos segundos, resuelve el dilema sacrificando lo que realmente le interesa a los administradores del museo y a sus visitantes —la pintura de Leonardo da Vinci por la que muchas personas han arriesgado la vida—, para rescatar al perrito del guardián. Mientras carga el animalito lejos de las llamas, lo que piensa esta persona tan altruista y tan interesada en su imagen pública, es en agarrar a las patadas al

guardián del museo por descuidar a su mascota, y en que sólo ella tiene la mala suerte de toparse con un pobre animal con el olfato tan arruinado como para no correr al menor indicio de fuego.

Infortunadamente, estoy convencido de que el interés de ciertas personas, medios de comunicación e instituciones con respecto a los derechos humanos, y no sólo en nuestro país, tiene mucho que ver con esta célebre anécdota de la farándula criolla: el periodista de turno, consciente de las modas que presionan a su audiencia y, por supuesto, a sus jefes, pregunta al funcionario de turno, sólo por agriarle el día, qué está haciendo su administración en favor de los derechos humanos, y el burócrata de turno, puesto allí por un político ante el que se ha humillado de las maneras más humillantes, valga la redundancia, sopesa su respuesta durante unos segundos y, cuidando de no pisar ningún callo, articula una respuesta que muestre su profundo interés en el tema, su sensibilidad de virgen frente al sufrimiento de los demás, y las invencibles dificultades que enfrentará para hacer algo, porque en uno u otro sentido tiene las manos atadas. Vaporosa, moralmente irreprochable e inútil en la mayoría de los casos, esa respuesta que de ninguna manera es un compromiso real, ni lo obliga a él ni a nadie a cargar con *La Gioconda* —que en alguna oportunidad estuvo ciertamente expuesta al fuego—, refleja que muy en el fondo piensa que hay unos seres menos afortunados que él, que a veces, sobre todo cuando los medios de comunicación están presentes, es mejor considerarlos seres humanos, como al perrito del guardián del museo. Pero eso no significa que dejen de ser animalitos, en ocasiones graciosos y juguetones, pero también, en determinadas circunstancias, despreciables y prescindibles.

Hay allí un malentendido trágico: ni el entrevistador ni el entrevistado son uno de esos seres, y no necesitan que nadie los proteja porque tienen el dinero y las influencias para defenderse a sí mismos, autónoma y exitosamente; al contrario de esos seres, disfrutan plenamente de sus derechos.

¿Tienen razón? Claro que no, pero en un mundo en el que más que seres humanos somos clientes —y eso de que el cliente siempre tiene la razón es uno de los mayores embustes de la historia—, todo nos impulsa a creerlo. Los muchos tipos de tarjetas que todos cargamos en nuestras

billeteras, por ejemplo, nos hacen sentir a salvo de cualquier riesgo razonable. Más allá de lo que signifiquen o representen en términos económicos y sociales, son nuestro pasaporte para esas partes del mundo a las que no tienen entrada los perritos porque ensucian la alfombra, arañan las sillas o atraviesan su anatomía en el camino de los carros de golf y las bicicletas todo terreno, como esos seres que afean los semáforos y se aglomeran en los sitios preferidos de las avalanchas, los derrumbes y las inundaciones, como esos irresponsables que interrumpen el flujo vehicular con sus protestas en una época en la que más de cien canales de televisión por cable proyectan el paraíso.

A pesar de que soy una persona bastante adaptada al mundo de hoy, y a que buena parte de mi obra es acusada de *light* por quienes tienen dificultades para entender las ironías, tiendo a creer que las cosas no son como no las venden y aunque me encantan las modelos que presentan las secciones de farándula de nuestros noticieros, no soy tan cosmético ni tan catódico como para aceptar que ocupen más tiempo de nuestra atención que la masacre que le cuesta la vida a una docena de campesinos —decir “docena” es una forma de convertirlos en artículos de mercado, de negarlos—, y tampoco me gusta el anonimato de esos campesinos innominados cuando nos recalcan el apellido de un oscuro jugador de la tercera B del fútbol de Escocia que consiguió un golazo, aunque en diversas oportunidades he intentado explicar a una mujer inquisitiva lo que el género masculino entiende por un golazo.

Hace cinco siglos Leonardo da Vinci, el creador de la pintura a la que la exquisita sensibilidad de una reina de belleza condenó a quemaduras de tercer grado, escribió “Y tú, hombre, que estas considerando en este trabajo mío las admirables obras de la naturaleza, si juzgas que destruirlas es algo negado, piensa cuánto más lo es quitar la vida al hombre, cuya forma es un maravilloso artificio y ésta es nada en comparación con el alma que en tal arquitectura habita, y ciertamente, sea lo sea, es algo divino, así que déjala habitar en su obra felizmente y no permitas que tu ira o malignidad destruya tanta vida —porque, verdaderamente, quien no la estima no la merece—, pues muy a su pesar abandona el cuerpo”.¹

¹ Da Vinci, Leonardo, *Pensamientos*, proyecto *Un mar de sueños*, noviembre de 2002, Traducción de Mayerín Bello Valdés, p. 90.

Este maravilloso hombre del Renacimiento, que pensaba a veces como un ilustrado del siglo XVIII, sintetiza los derechos humanos de una manera que no requiere de reuniones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, ni de artículos y párrafos, ni de acuerdos entre presidentes y expresidentes, reelegidos o no, y antes y después de él lo han hecho muchos otros, cada uno con sus palabras. Pero Da Vinci desconfiaba, como deberíamos desconfiar nosotros, de la naturaleza humana, y dedicó estas desoladoras palabras a la crueldad del hombre: “Se verán animales sobre la tierra, que siempre se pelearán entre ellos con gravísimos daños y, a menudo, la muerte para ambas partes. Estos no tendrán fin para su malignidad; con sus fieros miembros echarán abajo gran parte de los árboles y de las grandes selvas del universo; y, una vez saciados, el alimento de sus deseos será dar muerte y congoja y fatigas y temores, y ocasionar la huida de todo lo animado... Nada quedará sobre la tierra, o bajo la tierra y el agua, que no sea perseguido, removido o dañado; y lo de un país será trasladado a otro; y su cuerpo se convertirá en sepultura y tránsito de todos los cuerpos animados ya muertos por ellos”.²

Pese al tono apocalíptico, natural en una época de Maquiavelos y Savonarolas, revelan, insisto, un aspecto de la naturaleza humana que con la misma facilidad jala el gatillo o proporciona al enfermo un medicamento que todo el mundo sabe que no sirve para nada, homeopático o alopático, esa parte de lo que somos que viola los derechos de los demás cotidianamente sin cargos de conciencia, con premeditación y alevosía autorizadas por el mercado.

Quienes piensan que las fórmulas que buscan proteger, salvaguardar, enaltecer y dignificar al hombre, estén como estén redactadas, y por quien quiera que sea, no le son necesarias, deberían meditar un poco más y también, cuando en sus manos está la posibilidad de hacer algo, recordar un breve pensamiento del mismo Da Vinci: “Quien no castiga la maldad, incita a cometerla”,³ que nos obliga a todos, tengamos a nuestro favor las mejores dignidades y apellidos, o seamos familiares del perrito del guardián del museo.

² *Ibid.*, p. 90.

³ *Ibid.*, p. 88.

Octavio Escobar

Manizales, 1962. Médico, crítico de cine y escritor. Es uno de los autores más innovadores y premiados de la actual literatura colombiana. Su prosa se caracteriza por ser precisa, ágil y limpia y por incluir personajes y paisajes eminentemente urbanos, cosmopolitas, que destilan al desencanto de este fin de milenio caótico y desesperanzado. Ha publicado las novelas *El último diario de Tony Flowers* y *Saide*; un libro de cuentos infantiles titulado *Las láminas más difíciles del álbum*; el volumen de cuentos *De música ligera*, y *La posada del Almirante Benbow*, compilación de narraciones, entre otros. El crítico y profesor norteamericano Raymond L. Williams inscribe a Escobar en la generación de escritores que se han definido “no sólo como lectores de la novela moderna, sino también como narradores con una influencia cultural muy importante que las generaciones anteriores no tuvieron: la televisión”.

Recibido en: 18/06/04

Aprobado en: 23/07/04